**PASCUA DE RESURRECCIÓN**

Queridos diocesanos:

 ¡Cristo resucitó, Aleluya! Este es el grito con el que los cristianos proclamamos que Jesús, el profeta de Nazaret, el crucificado, muerto y sepultado en tiempos de Poncio Pilato, resucitó de entre los muertos y ahora vive por los siglos de los siglos. Los que no creen en Cristo nos preguntan ¿Cómo habéis llegado a esta convicción? Nosotros respondemos con toda humildad que hemos llegado a la fe en la resurrección por el testimonio de los apóstoles a quienes el Señor se les aparecía dándoles muestras de que estaba vivo. A pesar de todo, no estaban convencidos de que estuviera realmente vivo; por eso Jesús en algunas de sus apariciones les echa en cara su incredulidad. La fe de los discípulos en la resurrección de Cristo de entre los muertos nació – nos recuerda el catecismo (nº 644)- de la experiencia directa de la realidad bajo la acción de la gracia.

 San Pablo no tuvo la experiencia de las apariciones como los demás apóstoles. Él, que era perseguidor de la fe, pasa a ser apóstol de la fe por la experiencia que tuvo camino de Damasaco en la que el Señor sale a su encuentro y le dice: “Yo soy Jesús a quien tu persigues” (Hch 9,15). Como Pablo cada cristiano puede contar su propia experiencia de fe que le remite a un encuentro espiritual con el Señor resucitado. Si, a poco que repasemos los acontecimientos límite que hemos vivido a lo largo de nuestra vida, nos daremos cuenta de que el Señor se ha hecho presente en nuestra historia personal de muchas formas, en muchos casos sorprendentes por inesperadas. Con la ayuda de la gracia, nosotros lo hemos reconocido vivo y resucitado como los discípulos de Emaús. El encuentro con Cristo resucitado nos ha movido a confesarlo como nuestro Dios y Señor y a comunicarlo a los demás.

 A partir de ese encuentro con Cristo que es una llamada a ser su discípulo, el cristiano reconoce que por la fe y el bautismo ha sido injertado a Cristo resucitado y por lo tanto, según su promesa, ha recibido la fuerza de una nueva vida en el Espíritu que es como un surtidor que salta hasta la vida eterna. Esa nueva vida se sustenta y se sostiene en el amor divino que como tal creador y expansivo. El Papa Francisco ha escrito en la Encíclica *Lumen Fidei*: “La muerte de Cristo manifiesta la total fiabilidad del amor de Dios a la luz de la resurrección… Si el amor del Padre no hubiese resucitado a Jesús de entre los muertos, si no hubiese podido devolver la vida a su cuerpo, no sería un amor plenamente fiable, capaz de iluminar también las tinieblas de la muerte… Nuestra cultura ha perdido la percepción de esta presencia concreta de Dios, de su acción en el mundo. Pensamos que Dios sólo se encuentra más allá, en otro nivel de realidad, separado de nuestras relaciones concretas. Pero si así fuese, si Dios fuese incapaz de intervenir en el mundo, su amor no sería verdaderamente poderoso, verdaderamente real, y no sería entonces ni siquiera verdadero amor, capaz de cumplir esa felicidad que promete. En tal caso, creer o no creer en él sería totalmente indiferente. Los cristianos, en cambio, confiesan el amor concreto y eficaz de Dios, que obra verdaderamente en la historia y determina su destino final, amor que se deja encontrar, que se ha revelado en plenitud en la pasión, muerte y resurrección de Cristo” (LF 17).

 ¡Demos gracias y entonemos cantos de alabanza y de victoria al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia. Aleluya! ¡Feliz Pascua!

Vuestro obispo.

† Juan Antonio, obispo de Astorga